

INTRODUCCIÓN

I

Mi maestro Laín ha estudiado en una de sus más importantes, una de sus más entrañables obras, el «encuentro humano». Al tratar en ella de las diversas formas del encuentro, no olvida las que llama «formas deficientes», dentro de las que distingue las debidas a deficiencias *a parte percipientis* y las motivadas por deficiencias *a parte alterius*; una de estas últimas es la que Laín denomina «intención objetivada», es decir, la obra que de un hombre nos queda, la obra en la que ha quedado objetivada la intención que le movió a realizarla.

Es evidente que una forma deficiente de encuentro —como cualquier otra— determina el ámbito de las posibles relaciones que se pueden derivar de aquél. Ahora bien, con el paso de los años que han transcurrido desde el día en que comencé a buscar las intenciones objetivadas de ese ilustre investigador español que se llamó Pío del Río-Hortega, hasta el momento presente, he ido conociendo poco a poco a ese hombre a quien no conocí, y por él he ido sintiendo un afecto que no sé hasta qué punto es distinto del que por él hubiera sentido de haberle conocido personalmente.

Cuando un hombre pretende realizar científicamente una tarea, necesita acercarse al objeto de su investigación provisto de unas preguntas. Si el objeto de su indagación es la obra que otro hombre ha realizado, no puede prescindir de ese hombre en cuya obra ha quedado objetivada la intención de su vida. Entonces, las preguntas iniciales dan paso a nuevas preguntas a medida que uno va encontrando las respuestas que aquel hombre da en su obra. Con todas las limitaciones que se quiera, en todo intento de reconstrucción biográfica puede hacerse posible cierto tipo de diálogo con la persona biografada. Y de igual manera que vemos nacer del fondo de nuestro ser ciertos afectos que nos ligan con una persona de la que hemos ido adivinando su personal totalidad a través del diálogo sobre temas limitados a la Ciencia, ¿quién puede evitar —aunque quiera mantener una neutralidad objetiva— el surgimiento de ciertos afectos cuando dialoga con un hombre que ya no existe, a través de una obra en la que sigue existiendo?

II

Recientemente ha subrayado Laín el carácter de respuesta inherente a toda creación humana. A fin de cuentas, respuesta es siempre, en alguna medida, todo humano quehacer. Cuando un hombre hace algo, responde, por lo pronto, a un «qué». ¿A «qué» tendré que responder en mi intento de estudiar la vida y la obra de Don Pío del Río-Hortega?; o, dicho de otra forma, ¿cuál será la pregunta a la que mi quehacer dé adecuada respuesta? Si pretendo que mi respuesta sea adecuada, sea coherente, sea correcta, habrá de serlo de una pregunta en cuya formulación quede expresado el carácter sistemático del problema que para mí es la interna articulación de los siguientes rasgos fundamentales de Río-Hortega: su condición de varón cuya existencia se ha realizado en la España contemporánea; de hombre español que ha vivido en la concreta realidad histórico-social española de la primera mitad del siglo xx, desde una perspectiva generacional determinada: la generación de 1914; de un español que quiso realizar su propia vida a través de su dedicación al estudio de los problemas que al hombre le plantean la salud y la enfermedad; de un médico cuyo quehacer se orientó hacia la investigación; de un investigador que, dentro de los problemas que tenía planteados la medicina de su tiempo se orientó hacia los de carácter morfológico; de un morfológico cuya investigación fue de carácter histopatológico; de un histopatólogo cuya obra se centró, fundamentalmente, en el sistema nervioso; de un neurohistólogo español cuyo saber y cuyo quehacer estuvieron perfectamente articulados con los de la ciencia occidental de su tiempo; de un científico que por ser español, de su tiempo y universal, tenía que ser hispánico y europeo y cuya obra habría de tener expresión en esos más o menos efímeros hallazgos «para siempre» que caracterizan a las conquistas científicas; de un científico español, europeo e hispánico cuya obra fue expresión de una vida determinada temporalmente por la realidad histórico-social de España, de Europa y de Hispanoamérica entre esos años tan significativos históricamente como fueron 1914 y 1945.

Pregunta difícil de formular porque más que de una pregunta se trata de un sistema de preguntas. Pero, formulado o no, a ese sistema de cuestiones habré de dar respuesta, sistemáticamente, en mi intento por conocer lo que hizo un hombre de ciencia español de la primera mitad del siglo xx que se llamó Pío del Río-Hortega.

El presente trabajo nace, a pesar de la afirmación anterior, con un deliberado propósito de parcialidad. Va a ser parcial, porque no

va a ser ni total ni definitivo. Nace, por otra parte, con un no menos deliberado propósito de totalidad: si no ha de ser una total y definitiva respuesta al sistema de preguntas al que antes he aludido, sí pretende ser una respuesta sistemática, es decir, una respuesta en la que esté implícita la definitiva y total que algún día haya de dar no sólo para responder a aquella pregunta, sino, sobre todo, para responderme a mí mismo.

III

Toda sociedad es unidad sistemática de complejos sistemáticos. En la realidad social encontramos su sistemática unidad en la triple dimensión que ha señalado Zubiri, la de riqueza-perfección, la de estabilidad-seguridad y la del estar siendo real, cuya armónica integración determina la realidad actual de cada sistema social. Su carácter sistemático tiene una intrínseca exigencia, la de la estricta interdependencia mutua de los complejos sistemáticos que integran el sistema de la sociedad. Uno de esos complejos es el de la ciencia, que si bien puede sustantivarse y ser considerado en sí mismo, no tiene verdadera realidad si no es dentro del sistema social unitario, en interacción con el mismo como unidad total y en interacción también con los otros subsistemas con los que contribuye a talificar la sociedad. Independientemente de lo que la institución científica sea en sí misma, si queremos hacernos cargo de lo que realmente es, hemos de plantearnos forzosamente cómo está siendo real en su interacción con la política y la economía, con la religión y la filosofía, pues a lo que ellas sean en cada situación histórico-social han de atenerse con forzosidad aquellos sin los cuales no sería posible la ciencia, es decir, los científicos.

El ámbito de las posibilidades de cada hombre de ciencia está determinado situacionalmente; depende de sí mismo, pero en tanto que está inmerso en una concreta situación histórico-social en cuya definición intervienen elementos estructurales cuyo dominio no posee.

Uno de los factores que contribuyen a definir el ámbito de lo que es posible para un científico en la concreta situación en la que lleva a cabo su específico quehacer, es el del nivel de los conocimientos en el momento en que vive y, en relación con el mismo, el sistema de problemas que la ciencia tiene planteados en ese preciso momento. En efecto, todo científico, si de verdad lo es y por consiguiente se ha señalado como tarea propia el contribuir al progreso de la ciencia, se ve obligado a tomar como punto de partida la precisa estructura que, donde y cuando vive, tiene el cuerpo de los conocimientos cien-

tíficos; cualquier progreso se produce de manera selectiva, es decir, dentro de un proceso determinado de desarrollo, que es, precisamente, el que hace posible el sistema de las posibilidades intrínsecas de la estructura de conocimientos de la situación. Esto explica hasta qué punto la capacidad creadora de un hombre de ciencia tiene como uno de sus límites el de las propias posibilidades que brinde el trabajo que a su disposición tiene. Por consiguiente, lo que Río-Hortega hizo realmente ha de ser entendido en el marco de lo que podía hacer.

IV

Don Pío del Río-Hortega fue un hombre de ciencia español que se caracterizó por realizar una obra importante en tres aspectos: las aportaciones técnicas, los hallazgos consecutivos a sus investigaciones y el magisterio. Es por ello por lo que dividimos este trabajo en dos partes y dedicamos la primera al estudio de «Río-Hortega, hombre de ciencia español», mientras que la segunda nos permitirá analizar «la obra científica de Río-Hortega».

La primera parte del presente trabajo consta de tres capítulos. En cada uno de ellos vamos a ir viendo el despliegue en el tiempo de la vida de don Pío, a la vez que prestamos especial atención a una de las dimensiones de la total personalidad de nuestro sabio. En el primer capítulo nos referiremos fundamentalmente al «hombre»; en el segundo dedicaremos más atención al «hombre de ciencia»; y el tercero nos permitirá referirnos especialmente al «científico español»; no obstante, en cada uno de dichos capítulos se nos aparecerá Río-Hortega en esa triple dimensión que hemos distinguido en su unidad personal.

La segunda parte consta de cinco capítulos. En el primero de ellos estudiaremos la obra de Río-Hortega en su dimensión técnica. Los tres siguientes nos van a permitir el análisis de las investigaciones que don Pío realizó a lo largo de su vida; dada la extensión de su obra, dedicamos un capítulo a sus investigaciones sobre histología general, otro al examen de sus investigaciones histo-neurológicas, reservando otro para estudiar sus investigaciones oncológicas. El último capítulo de esta segunda parte está dedicado al magisterio científico de Río-Hortega, importante faceta de su quehacer personal que le ha permitido tener ejemplares discípulos, tanto en nuestra patria como en Hispanoamérica.

Este trabajo ha nacido, como ya hemos tenido ocasión de indicar, con un ambivalente propósito de parcialidad y de totalidad. Si, por

una parte, no es total y definitivo, pretende ser, en cierto modo, total en tanto que aquella parcialidad no significa la renuncia a dar una idea de lo que fue esa unidad integrada por la obra completa en que fue objetivándose intencionalmente la totalidad personal de don Pío del Río-Hortega.